

ÍNDICE

Panorama de chica con grúa	7
Vallsanta	37
Principio y final.....	61
Amores desiguales.....	77
Hijos e hijas del Diana	95
El valor de un anillo	113
Nunca es tarde	123
La fuerza del impulso	147
<i>Les amoureux du Havre</i>	175
Como un delfín	183
Un pastor alemán.....	205
El caballo sordo	235
Un viejo recuerdo.....	259
Lanzamos el lastre.....	265
Agradecimientos	283

PANORAMA DE CHICA CON GRÚA

Cuando le pareció que era lo suficientemente seguro, Rut se detuvo en una estación de servicio para realizar la llamada. Aparcó la grúa y se dirigió hacia una cabina telefónica. Estaba clavada en medio de aquella gasolinera como una estaca, completamente sola, a los cuatro vientos, bajo el sol. Todavía no había terminado de marcar el número y ya estaba sudando. No sabía demasiado bien por qué llamaba a Miquel. La empujaba a hacerlo un extraño resto de lealtad hacia él: le parecía que, tras trece meses de convivencia, como mínimo, se podían despedir. Eso sí, desde bien lejos.

No respondía al teléfono de casa. Le llamó al de casa de su madre y ahí sí que lo encontró. Ni siquiera quiso ponerse. Un hombre blando: hizo que su madre hablase por él. Rut intentó entenderse con su ya exsuegra, pero no lo consiguió. Aún no había dicho ni hola cuando la mujer ya empezó a chillar:

—Si te atreves a acercarte a mi casa haré que mis hijos te revienten a golpes hasta sacarte las tripas por el ombligo y por el culo. Luego te tirarán a un vertedero de basuras, donde posiblemente las ratas no dejarán de ti ni los cartílagos. O no —continuó—, tal vez ni las ratas querrían roer tu cuerpo asqueroso.

Como otras veces, a Rut le vinieron ganas de aplaudir. Siempre le había causado admiración aquella capacidad narrativa de la suegra. Eran unas amenazas coloristas, casi historias con argumento, llenas de una ira divina que solo de oírlas te daban ganas de esconderte bajo una piedra. Rut se visualizó a sí misma reventada por Miquel y sus hermanos, tirada finalmente en un vertedero y una rata, dudosa, contemplando

sus restos: ¿me la como o no me la como? Rut era una chica valiente y aquella visión dramática la dejó indiferente. Lo que más le afectó, en realidad, fue pensar que, una vez en el vertedero, quizás nadie la echaría de menos. Durante el tiempo que había estado con Miquel había visto a la suegra repetir aquella comedia unas cuantas veces, a menudo contra desgraciados que se limitaban a llamar a la puerta por las razones más variopintas. Nunca había pasado nada. Entre otras cosas, porque Miquel y sus dos hermanastros eran muy enclenques y no daban el más mínimo miedo. Y la madre, una *exhippy* desdentada que se había quedado colgada en alguno de sus viajes psicodélicos, todavía menos. Ahora, se decía Rut con el auricular en la mano, le había tocado a ella pagar el pato. No era para tanto, pensó mientras se secaba el sudor de la frente con la mano libre. De acuerdo, acababa de dejar plantado a Miquel, pero él tampoco había sido ningún angelito. Siempre se acordaría: ya la primera vez que hicieron el amor, mientras yacían apretados como sardinas en la litera de la grúa, se dio cuenta de que no debería haberlo hecho. Desde el primer instante había sabido que, a pesar de quererlo, no llegaría demasiado lejos con él. Pero Miquel era de aquellos hombres que te miran con ojos de perro apaleado, casi te suplican que los adoptes.

Y Rut se lo quedó.

Todos estos meses había estado pensando, ensoñada, que tal vez sí que hubiera tenido que intentar amar más a Miquel. De hecho, habían empezado muy bien. Pero no contaba con la influencia de la familia y la propia negligencia del chico. Todo se había estropeado. Es curioso porque normalmente no somos tan conscientes de nuestras equivocaciones, sobre todo en asuntos amorosos. La tendencia es dejar pasar el tiempo pensando que las cosas se arreglarán solas. O, al contrario, que harás todo lo posible para que cambien. Pero no funciona nunca. Ni una cosa ni la otra. Y así había sido con Miquel, que era muy buen amante. Pero aquellos trece meses con él le habían demostrado que también era un blandengue y un pichaloca.

Ahora se había quedado preñada y, contrariamente a lo que se podía esperar, se sintió liberada y todas sus dudas se disiparon.

Cuando lo supo, una semana atrás, decidió irse de casa de repente, a escondidas. Dejó una nota de despedida a Miquel sin darle a entender dónde pensaba ir. Y, todavía menos, que estaba embarazada. Eso era cosa suya. No quería compartir su hijo con Miquel, que solo sería un estorbo, ni con aquella familia horrible que lo había cretinizado. Desapareció. Ahora ya llevaba varios días dando vueltas por el mundo con la grúa.

No era demasiado difícil echar cuentas: sería madre hacia febrero de 1984.

La cabina era un horno y la vieja seguía gritándole por teléfono. Bostezó. Ahora, el sudor ya le goteaba cuello abajo por detrás, pecho abajo por delante. La camiseta se le pegaba al cuerpo. Los dos pezones se le remarcaban especialmente. Los tenía más grandes que nunca. Cosas de embarazada, pensó. En aquel momento, Rut disfrutaba de su secreto. Estaba embarazada y aquella mujer nunca lo sabría. Y, mientras gritaba, ella observaba el canal interior del aparato telefónico, donde estaban las monedas de duro, que iban bajando perezosamente. Cuando se acabasen, la conversación se cortaría de golpe. Y no pensaba volver a llamar. Abrió la puerta de la cabina para que entrase el aire. La aguantaba con un pie. Por fin, Miquel cogió el auricular. No dejó que se pusiese sentimental. Siendo una chica práctica como era, Rut, tras decirle adiós, le ratificó que no pensaba volver nunca más con él.

—¿Eso significa que te vas de verdad? —medio gimió.

Rut suspiró profundamente. Era de aquellos hombres que enseguida lloraban. Y aquello que le había parecido tan seductor al principio, ahora la ponía frenética. Pero eso no era lo peor; el problema principal era que Miquel era un blando. Buen chico, pero blando. Se contuvo y dijo:

—Sí.

—¿Ya no me quieres?

—Yo no he dicho eso.

—Entonces, ¿por qué?

—Porque eres un blando. Y, en segundo lugar, un picha-
loca. Y no quiero continuar compartiendo ninguna de esas
características contigo.

Al otro lado del teléfono se hizo el silencio. Se oía a la
suegra de fondo. Como desde el inicio Rut no había puesto
demasiadas esperanzas en aquella relación, no le afectaba tanto
que Miquel se follase a las chicas que le iban detrás. Él se dejaba
hacer y después se lo confesaba, lleno de remordimientos. Al
principio, Rut lo perdonaba. Después decidió hacerlo también
ella con algún chico, muy de tiempo en tiempo, cuando se
iba sola con la grúa. Eran muy jóvenes, ella tenía veinticinco
y él, veintiuno. Pero había veces que todo aquello era dema-
siado: Miquel dependía mucho de aquella madre loca y Rut
se cansaba de la situación. Como en aquel preciso instante,
en el que la suegra se había vuelto a poner al teléfono. Pensó
«ya tengo suficiente» y colgó, en seco. Aburrida, la dejó con la
palabra en la boca. Aquella mujer, como madre —pensó Rut—
tendría que asumir que el idiota de su hijo sería abandonado
por muchas mujeres, muchas veces, a lo largo de su vida.
Y que muchas más le tratarían, como mínimo, de blando. Más
le valía irse acostumbrando.

Observó el cristal de la estructura de la cabina, viejo y
gastado, agrietado en una esquina por una pedrada. Parecía
sucio. Si uno de estos días se encontraba de humor, escribiría
una carta a Miquel para despedirse de la mejor manera.

Salió de la cabina telefónica y volvió a la grúa con la
camiseta empapada. El chico que estaba llenando el depósito
de un flamante Seat Fura se la quedó mirando con la boca
abierta: era la imagen en carne y huesos de la chica del calen-
dario que, probablemente, tenía colgado en la oficina.

Sentirse contemplada le dio una especie de subidón bajo
el sol y el aire caliente. Se sentía libre: era una mujer con
grúa, embarazada, completamente sola, por el mundo. ¡Cómo
le gustaba su grúa! Era un modelo Mercedes de más de quince
años que, con su brazo y el gancho, podía remolcar coches de
hasta 1 800 kilos, que eran la mayoría. La cabina era blanca
y llevaba una banda verde que la atravesaba en horizontal y
abrazaba las dos puertas y el capó del motor. Era suficiente-

mente grande como para que cupiese, en la parte posterior, una litera plegable, como la de los camioneros. Iba de lado a lado de la cabina y ella, que no medía mucho más de metro sesenta, se podía estirar bien. La litera era como las de los trenes; recogida durante el día, por la noche la descolgaba y quedaba enganchada al chasis con una cadena en cada extremo y apoyada en el suelo con cuatro patas metálicas desplegadas que la hacían segura. Era como estar en un cajón. Pero ella dormía allí feliz y sin problema. Junto con los recuerdos, la grúa era lo único que le había quedado de su pareja anterior, Fede. Cuando se separaron, ya se había sacado el carné de conducir grúas. Ahora mismo, no tenía nada más.

Mientras había estado viviendo con Miquel, había trabajado por libre. No tanto como ella hubiera querido: las compañías aseguradoras o los talleres no se fiaban: una chica y tan joven... Pero las veces que había surgido alguna urgencia y la habían llamado para un servicio de grúa había resuelto el trabajo perfectamente. Rut se encontraba bien con los guantes gruesos, tan ásperos, sucios de grasa, tirando fuerte con los brazos, fijando un gancho o tensando un cable.

Y ahora el embarazo había sido como una señal. Era el momento de tirar adelante. Tenía veinticinco años, un hijo en el vientre y mucho campo por recorrer. No soportaba la visión de una maternidad rodeada por Miquel y los tarados de su familia. Rut no tenía familia. Bueno, sí que tenía, pero como si no tuviera.

Con los ahorros podría rondar durante un tiempo. No demasiado porque pronto tendría que estar pendiente del embarazo. Puso rumbo hacia las comarcas del sur, considerablemente lejos, en línea recta. Estaba extrañamente tranquila. No sabía por qué, pero pensaba que una mujer joven con una grúa sería bien recibida en todos lados.

Subió a la grúa, se secó el sudor con una toalla y arrancó. No tenía planes.

Una vez pasado el Pla de Santa Maria, se paró en un bar de carretera y preguntó si en el siguiente pueblo había una

pensión. El hombre del bar, uno de aquellos gorditos simpáticos de mediana edad, no dejaba de mirar la grúa desde la barra. Le dijo que pensión, no, no había ninguna. Pero que había una mujer llamada Cubelles, que se acababa de quedar viuda, que había dado voces para acoger a alguna chica como huésped. Rut echó un vistazo al mapa comarcal colgado en la pared. Montblanc estaba cerca, y aquel pueblo, con aquel nombre tan curioso, Cabra, en aquellos momentos era tan bueno como cualquier otro.

—¿Hay hospital, en Montblanc?

—¿No se encuentra bien? —le preguntó el del bar.

—Estoy embarazada.

—Ah, ¿y piensa trabajar con la grúa? —le preguntó, con reprobación.

Parecía lógico: si vas por el mundo con una grúa remolcadora será porque la utilizas. La verdad era que Rut lo había estado considerando a menudo. ¿Por qué no se dedicaba de lleno a esto? Todo el mundo le decía que era trabajo de hombres, que era imprescindible tener fuerza, y que si patatín que si patatán. Ella escuchaba a todo el mundo, pero no veía de ninguna manera que hiciese falta ser una mujer forzada para remolcar coches con su grúa. Ya lo había hecho. Tenía un motor que funcionaba perfectamente y, una vez enganchados, levantaba los vehículos como si fuesen de plástico. Se necesitaba maña y conocimientos básicos de mecánica. Y ella tenía y bastante, de las dos cosas. Además, los tiempos cambiaban. En uno de los pueblos en los que se había parado, un hombre mayor, cuando la vio encima de la grúa, le gritó: «¡Antes, las mujeres eran mujeres!». Al principio, no lo entendió: antes, ¿cuándo?, y ahora ¿qué eran, pues, sapos? Le contestó para aclararlo: «¡Soy una mujer!». El viejo chocho se recostó en el bastón un instante, hizo como que recapacitaba, y gritó: «¡Antes, las mujeres no eran putas!». Eran dos observaciones absurdas seguidas. Puso la primera y arrancó. No quería perder tiempo.

Tranquilizó al amo del bar y le respondió que, durante el embarazo, se olvidaría de la grúa. A cambio, él le dio

la dirección de la señora Cubelles y las indicaciones para llegar.

Encontró la casa enseguida, en el centro del pueblo. Paró la grúa en medio de la calle, bajó y llamó. Era media tarde, no muy tarde, ninguna deshora. No se oía nada.

La señora Cubelles llevaba un pañuelo estampado de flores en la cabeza y miraba a Rut desde la ventana del primer piso. La chica había salido de aquella grúa que cortaba el paso a cualquiera que quisiera pasar.

—No he pedido ninguna grúa —gritó.

Rut miró hacia arriba haciendo visera con la mano derecha. Todavía hacía bastante sol. Con un grito la puso al corriente de la razón de su presencia allí en aquel momento.

La mujer bajó y abrió la puerta. No le cuadró con la idea preconcebida que tenía de las viudas. La señora Cubelles era una mujer todavía bastante joven, de unos cincuenta y cinco años, con la piel muy pero que muy morena. Encajaron las manos con fuerza.

—¿Se gana la vida con una grúa? —le preguntó con curiosidad.

—Lo intento. Hace poco que he empezado.

—Claro... Bueno, pase, si quiere ver la habitación...

Giró sobre sí misma y entró. Y Rut, detrás. Dentro estaba oscuro. La señora Cubelles era un palmo largo más alta que Rut. En la oscuridad, su piel morena se camuflaba en el ambiente. Sonaba un transistor, conectado en medio de la entrada. Cuando se encendió la luz, Rut vio que era una planta baja adaptada como comedor. Como en tantas casas antiguas de pueblo, era el espacio de las antiguas cuadras. El transistor estaba en la mesa. Al fondo, había un pequeño patio. A la derecha, unas escaleras de piedra conducían al piso de arriba.

—Esto es el comedor. No lo utilizo nunca. Hago vida arriba, donde están la cocina, las habitaciones y la salita. Aquí hay un lavabo, pero arriba hay otro. Es el que utilizaría usted si se queda...

—Sí que me quedo, claro.

—¿En el bar le han dicho cuánto pido?

—No, pero seguro que nos pondremos de acuerdo.

—En el patio, ahora mismo hay sombra, se está muy bien. Podrá utilizarlo, si quiere. Yo estoy fuera todo el día. Trabajo. Pero, sin mi marido, la casa se me ha hecho muy grande. Y el dinero extra siempre es una ayuda.

—Claro. Yo habría hecho lo mismo. ¿No tiene hijos?

—No.

—Yo estoy embarazada.

—¿Ah, sí?

Y, antes de que se lo preguntase, Rut se adelantó:

—Sí, por eso prácticamente no trabajo con la grúa. ¿Sería algún problema, el embarazo?

La señora Cubelles, que había empezado a subir la escalera con bastante energía, se paró a mirarle la barriga y se lo pensó un momento. Era evidente que no había considerado aquella posibilidad.

—Supongo que no. ¿Piensa estar mucho tiempo?

—No lo sé.

—¿Cómo que no lo sabe?

—No lo sé —le repitió Rut tan dulcemente como pudo—. Tenía ganas de parar en algún lado.

—¿Por qué en este pueblo?

—¿Y por qué no? Hace días que doy vueltas con la grúa. He preguntado en el bar, me han dado su dirección y he venido. No me lo he pensado demasiado.

—¿Y el padre de la criatura?

—No está.

—¿También es viuda?

—No.

—Ah...

Subieron al primer piso. Había una sala de estar y un par de puertas de habitaciones que iban a parar allí. La cocina daba directamente a esta sala. Rut vio una pipa de madera de aspecto clásico, de aquellas que tienen forma de signo de interrogación, con una cazoleta. Al lado, una petaca de tabaco. Y una especie de cenicero, también de madera.

—Era de mi marido —dijo, viendo el interés de la chica—. Murió hace trece meses.

—Lo siento.

—No tiene por qué, pero se agradece. Lo echo mucho de menos —le soltó como un reto; como diciendo, sí, qué pasa, lo echo de menos, y eso es así porque fue el amor de mi vida, nunca dejé de amarlo ni de desearlo; ni por un instante—. ¿A qué se dedica?

—Hasta hace poco, hacía servicios con la grúa. Ahora mismo no trabajo. Le pagaré un mes de fianza y el mes en curso.

—Todavía no ha visto la habitación.

—Seguro que me gustará.

Rut quería ir al grano. La señora Cubelles le caía bien y empezaba a inquietarse por la grúa, plantada en medio de la calle.

La señora Cubelles señaló hacia la cocina y una pequeña puerta que daba ahí, al fondo:

—Allí está su lavabo. Tiene pila y plato de ducha. Si quiere bañarse tendrá que ir al de abajo.

Acto seguido, fueron hacia una de las puertas que daba a la salita. La señora Cubelles la abrió y se hizo a un lado. Rut la ojeó superficialmente. Era una habitación con una cama individual contra la pared, un armario de un cuerpo, una mesita y una silla. En la mesita había un flexo. Del techo colgaba una bombilla desnuda. No tenía ventana.

—Me parece bien. Me la quedo —dijo, aunque le había parecido bastante pequeña.

—El teléfono está abajo. Cada vez que llame tiene que dejar un duro en la bandeja que hay al lado.

—De acuerdo. No llamaré mucho. O nunca.

—La limpieza de la habitación y de la ropa de cama irá a cuenta suya.

Se oyó un bocinazo procedente de la calle.

—¡Ahora vuelvo! —dijo Rut.

Y salió corriendo escaleras abajo, subió a la grúa y dio vueltas por el pueblo hasta encontrar un espacio ancho donde aparcarla sin que molestase.

Volvió a la casa con la mochila en la espalda y cargando la maleta. Aquel pueblo era pequeño. Rut, entre la grúa y su aspecto, había creado expectación. La señora Cubelles la esperaba en la puerta.

Título original en catalán: *Els camins de la Rut*.
Primera edición en catalán: octubre de 2019, Edicions Proa,

© del texto: Lluís-Anton Baulenas Setó, 2019
© de la traducción: Montserrat Solé Serra, 2019
© de esta edición: Milenio Publicaciones S L, 2019
Sant Salvador, 8 - 25005 Lleida (España)
www.edmilenio.com
editorial@edmilenio.com
Primera edición: ??? de 2019
ISBN: 978-84-9743-???-?
DL: L ??-2019
Impreso en Arts Gràfiques Bobalà, SL
www.bobala.cat

Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <www.cedro.org>) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra.